

Escribir sin papel

Poemas



CADÁVERES EN LA ESPUMA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



LOS DÍAS FELICES

Una vez, una mañana,
con el día claro y sin asomo de nubes,
abrí la puerta y salí de mi casa.
Me acompañaban, ocultas en los bolsillos,
la ilusión de todas las mañanas
y la osadía de toda la vida.
Crucé el quicio, me giré, cerré la puerta.
Desde las otras puertas, mis vecinos
"Un día más, que te acompañe –decían– la fortuna",
y "Tienes todo el calor que puedo darte",
"Esperaremos –hasta esto me dijeron– tu regreso".
Así que yo bajé las escaleras,
hinchado de alegría.
Después, en el portal, pulsé el botón
que liberaba el cierre de la puerta.

Pero al ir a salir,
antes siquiera de pisar la calle,
tuve miedo. Sentí no sé muy bien
si el mismo miedo de todos los días
al recordar lo que me encontraría,
o un nuevo miedo diferente
por no saber en fin qué me aguardaba.

Volví sobre mis pasos.
Al intentar subir las escaleras,
mis vecinos (primero de palabra,
pero más adelante también con empujones)
me impedían subir,

argumentaban que ya tenía su cariño,
y que me habían animado mucho.
Yo como pude llegué hasta mi rellano,
pero ellos todos se escondieron tras sus puertas,
y no he vuelto a oírlos hasta hoy.

Yo rebusqué mi llave,
perdida entre tanta ilusión por mi bolsillo,
y con ella en la mano, alcé la vista,
y leí el letrero que ya habían colgado:
"Se alquila".
Atrapado entre dos puertas cerradas
lloré con amargura.

CORAZÓN DE NOCHE

Cuántas veces inicio
mi camino (esto es verdad, lo juro)
sin mirar hacia atrás,
sólo con el recuerdo ciertamente cercano
de días tormentosos
transcurridos en medio de las nieblas del alma.
Cuántas veces, borrando
esa nostalgia arrepentida, ese dulce pesar,
arranco a caminar otra vez y otro día,
llenándome del dulce olor de jara y de triguera,
dejando que mis ojos
se emborronen de viento y de alegría.
Entonces, esas veces,
me prometo que no vendrán de nuevo
los días tormentosos,
que todo será luz que no he de sucumbir
a los mismos errores, que la lámpara
que alumbra mi conciencia
no volverá a apagarse.

Y cuando avanza el día y el camino endurece
su pavimento y en los entresijos
de mi piel y mi carne se amontona el cansancio,
aun entonces persisto
y me repito que el que ayer vivía
con mi nombre y mi cuerpo y que se paseaba
con mis vaqueros, sobre mis zapatos,
ese no puede ser que se confunda
conmigo porque ahora soy otro

y otro mi corazón y mi deseo,
y nueva por completo también mi voluntad,
aunque en el mismo nombre y en la misma mirada.

Pero, ay, entonces el camino
todas las veces, todas,
me va llevando a las primeras casas,
y a mis oídos viene, todavía lejano,
el hostil griterío de las motocicletas.
El barullo, más tarde, de un grupo; la agradable
charla con los amigos,
y la noche y su eterna promesa
de concedernos todos los placeres.
Y los que me saludan reconocen
en mi nombre, en mis ojos,
en mis palabras sueltas,
a aquel que ayer decían que era yo
y que seguramente
otra vez hundirá los cinco dedos
en la masa dulcísima del día tormentoso,
y volverá a reír por dentro de la vida
considerando inútil todo intento de cambio.

Así que, mientras ando,
tantas veces, tantos días,
me saludan agrestes los cañizos de mayo,
meneando sus tallos con el aire,
sonriendo de puro escepticismo,
pero, en fin, sonriendo.

CADÁVERES DE ESPUMA

Mirándolo al ocaso

El mar se pinta oscuro, luego negro.

Al son de su cansado vaivén

(ola tras ola, y tras esa, otra),

va creciendo su anchura, va invadiendo

la franja rendida de piedra y arena,

frontera sin dueño, ahora sólo suya.

Una mañana, con la marea baja,

el agua dejó allí, a la vista de todos,

pequeños tesoritos, piedras de mil colores,

brillantes, nacaradas, rosáceas, azules.

Y todos acudimos acogerlas

Con la sonrisa abierta de quien no teme nada.

Y entre ligeros canturreos,

Con la mirada limpia,

Doblábamos el talle y los recogíamos.

Así que cada uno, en pequeñas cestitas,

Fuimos acumulando ese parvo tesoro.

Al decirnos adiós, nos prometíamos

Volver al otro día a comprobar el suelo de la playa

Por si el mar nuevamente hubiera regalado

Tantos besos de joyas, tanta piedra preciosa.

Otra mañana, en cambio,

La playa despejada por la marea baja

Estaba sembrada de feos minerales,

de toscos pedazos de cal y de carbón,

piedras piritas había y también marmolinas.

Algunos bajamos descalzos.

Con gesto quizá desilusionado cogimos
los trozos que el mar nos ofrecía.
Después levantamos la vista a mirarlo
Preguntando por qué no era tan generoso.
Y con esa cosecha en las manos,
Entre alegres y menos alegres,
Nos volvimos a casa cada uno a su pobre comida.

Aún con cierta esperanza
Anteayer acudimos
un puñado de nosotros con las manos extendidas,
con la garganta ancha y llena de canciones
y en los ojos el brillo de melodías nuevas.
El día estrenaba entonces su mañana,
y pisamos la playa
buscando ilusionado qué nos traía el mar.
Pero enseguida vimos
La arena de la playa, igual que un campo,
Sembrada toda de fríos reflejos.
A cada paso –estéril y penoso
Fruto de la retama de las algas–
Encontrábamos hojas de cuchillos,
amenazando torpemente al viento,
cortando el rompeolas de la espuma.
En silencio volvimos (unos pocos,
heridos) cada uno a su tristeza,
la garganta cerrada, la mirada perdida.

Y juntando el esfuerzo, aquella tarde,
Levantamos un feo pretil
Que nos impide el paso hasta la playa.

Esta mañana, que era una mañana
limpia y fresca de junio,
las olas han traído a nuestra playa
un cargamento triste de hombres muertos.

No los hemos mirado, hemos querido
no ver si estaban o no estaban
ni saber quiénes eran o cómo se llamaron.
Hemos vuelto los rostros
mirando inútilmente a la montaña
-al menos es nuestra montaña-.
Pero de abajo, de la playa, están llegando
los lamentos, las súplicas de auxilio.
Y algunos de nosotros ya hemos decidido
que quizá lo mejor sea marcharse,
que quizá, por lo menos unos días,
sea mejor marcharse más adentro,
donde no sea preciso escuchar cada día
a los muertos que el mar nos ha estado trayendo.

EL DESEO DE GLORIA

¿Tú también has sentido
alguna vez, al fondo de tu alma,
o quizá claramente dibujado como primer anhelo,
el deseo de gloria? ¿No fue, acaso,
más que un simple deseo, una esperanza
confundida a lo largo de la vida
(ya que tiene la vida tantos trechos)
con una certidumbre?

¿También tú despertaste henchido de optimismo
muchas mañanas frescas
de verano luminoso y azul,
y al entreabrir un día más los ojos
no vieron el presente, sino un palpito
de que al fin lograrías quedar,
de que al fin por la débil memoria
de los hombres tu paso no resbalaría?

Cuántas veces pensaste que las musas
vendrían al fin en la hora de tu muerte
unas a coronar tu sien de olivo
o de laurel; otras, llorosas,
a entonar un lento treno en los oídos
de los hombres perplejos; otras, en fin,
a conducir tus pasos.

O quizá, por lo menos, que la lluvia
mojaría los oscuros viñedos, los trigales
durante días sin número,
por así entristecer un poco más la vida de la gente.
También muchas veces sospechaste

que en recompensa por tu buen hacer
irían a tu casa y que te guardarían reverencia,
que en su pecho abrirían
un íntimo rincón en el que tú estarías.

Pero ya ves tú mismo que no,
que al cabo del paso de los años,
no eres más grande ahora que aquel día
en que viniste al mundo.
No te espera la plaza central de la ciudad
cargada de conversaciones
atenta a tu llegada. No te siguen
descalzos por la playa los muchachos
cuando asomas tu limpio pensamiento
a observar la raya del horizonte recto.

Así pues, ven conmigo:
aún tengo algo de pan en la despensa,
y en lo fresco, algo queda de vino.
Lo tomaremos mientras nos reímos
de los dos encumbrados pobres diablos
que íbamos a ser.
Por hoy, –pero también, seguro, para siempre–
yo me conformo con abrir los ojos
y tener, como Elitis, una casa
pobre en las playas de Homero.

GNÓZI SAUTÓN

A veces, cuando cruzo la puerta de mi casa,
soy un cura de sobria formación moralista.
Adapto cada cosa y cada acto que veo
al finito tamiz de lo bueno y lo malo,
y si del lado cae de lo malo
entonces yo lo tengo por malo y no me gusta
y digo "Esto está mal" y también "¡Qué vergüenza!";
y si entra entre lo bueno
entonces es ejemplo
y todos deberíamos seguirlo y hacerlo.

Pero la tarde avanza
y soy un libertino. Los preceptos
del viejo catecismo se resbalan
difuminados entre mi sonrisa.
¿Cómo y por qué poner reparos
a lo que hagan los otros
o a lo que intenten por su hambre
o a lo que sueñen en sus sueños?
El único pecado que conozco a esas horas
es el de ver pecados,
definirlos, describirlos, señalarlos y odiarlos.

Hoy he visto corriendo el pasillo de mi casa
a un hombre que era yo y que lo he conocido
porque alardea siempre
de ser un gran amante
del arte refinado, de los versos,
cultivador de las formas exquisitas

del pensamiento; porque rehúye siempre
lo momentáneo y lo presente,
lo sólo material, lo que no tiene
ni valor ni reflejo en el alma profunda.

Y ante mis propios ojos,
en el mismo pasillo de mi casa,
otro yo le lanzaba la dura zancadilla,
lo derribaba y sobre él sentado
gritaba que lo había derrotado por siempre,
que por fin era libre
y que yo mismo era también un hombre libre.
Me animaba –sus ojos eran chispas–
a vivir sin pensar más allá de vivir,
a no buscar ninguna vida que no sea esta vida,
a no querer oír más melodía
que la fugaz que toca un instrumento
y que después se olvida y sólo deja
un gusto de recuerdo efímero en la lengua.

Así también, si meto
la mano en mi bolsillo
encuentro al hombre bueno,
al hombre solitario, a charlatán a veces,
a veces al cretino y al bocazas,
pero a veces al hombre de negocios.
Y si busco en el fondo
de mi otro bolsillo, aparece seguro
el niño de alma ingenua y de temores
blancos, y también el actor,
el hipócrita, el santo, el mendigo, el doctor,
el anciano cansado, el triste sin amparo,
el feroz, el vencido, el manco, el amoroso,
el cotidiano, el bobo,
el león y el olivo.

De todos ellos, tú que me conoces,
¿a quién conoces?

DOMICILIO

Mi casa son estos días,
buscando domicilio he llegado hasta hoy.
Este tiempo, estos meses,
ahora son mi cobijo.

LA PAZ

Hace al menos diez años que se firmó la paz.
Hasta entonces recuerdo solamente los días
en los que fui soldado. Antes de aquello, ignoro
si hubo alguna mañana en la que yo saliera
de mi casa a la calle; o si hubo alguna casa
que yo nombrara mía, habitada por hombres
o mujeres o niños que yo creyera míos,
o si habité una escuela o si hablé con el viejo
que nos vendía el pan. O si conocí un tiempo
anterior a un mañana, posterior a un pasado.
Nací con un fusil atado a mis espaldas.

Al principio cumplía órdenes que me daban
y el taller de mi mente fue creando enemigos
para que el fuerte brazo de campesino recio
acabara con ellos uno a uno y pintara
la sonrisa en mi boca de la satisfacción.
Las órdenes después las fui dando yo mismo,
pero forjé los mismos enemigos que antes
y a unos a degüello y a otros a puro fuego,
los maté. Era la guerra. No sabía otra cosa.
Sólo que era la guerra y que yo era un soldado.

Hace al menos diez años que se firmó la paz.
A mí me encarcelaron. Me llamaron oscuro
criminal; me pusieron de ejemplo de lo malo.
Aquellas violaciones, el horror que se ha visto,
no debería –dijeron– quedarse sin castigo.
Yo me creí culpable y acepté mi sentencia:

al fin y al cabo ellos, ellos eran los otros,
y jamás me dijeron que fuera de los suyos.

Y al acabar los negros días de mi presidio,
salí de nuevo al mundo, a recorrer las calles
de la ciudad, las calles que dicen que son mías.
Y pasan las semanas y yo paso con ellas
entre mis camaradas. Y hablo mucho con todos,
y entre sus rostros vivio y los quiero y me quieren.
Pero ellos nunca hablan de la guerra, del miedo
de ser soldado y preso y aguardar por las noches
que el cielo abra los ojos. Ellos en cambio siempre
hablan de lo diario: un coche, el frío, el tedio,
enero, hay uno nuevo en el lugar del viejo,
más cuadernos, la gripe, el bulevar nevado.

Por las noches, a solas, yo los maldigo a todos,
y les pregunto dónde hubo una guerra y cuándo,
quién murió, si lo saben, cuántos hombres vivieron.
Les pregunto y los lleno de duras maldiciones.
Maldigo su sonrisa y maldigo su olvido,
y maldigo mil veces su feliz ignorancia.
Mis hórridos desvelos cubren de maldiciones
sus blandas noches llenas de ensueño claro y tibio.
Y los miro y me miro y me pregunto siempre
por qué, por qué razón odio sus manos blancas.
Pero no hallo jamás la razón de mi odio.

Quizá por ser felices. A lo mejor los odio
por querer ser felices.

EN LA CALLE

Al llegar a mi casa,
después de todo el día,
en la calle jugando
he encontrado a mi hijo.
Él me ha reconocido
y entre saltos y gritos
me ha abrazado y me ha dicho
que si le daba un beso.
Yo he besado su tierna
mejilla, como todos
los días.

Un muchacho
de los que allí jugaban
se ha acercado a nosotros
y ha dicho "¿Este es tu padre?"
y ha dicho "Sí" mi hijo.
Entonces se ha acercado
a mí y con su mirada
me ha obligado a agacharme.
Muy bajito al oído
me ha dicho "¿Quieres darme
a mí también un beso
como si fuera tu hijo?"